

Primera parte **La vida**

Introducción

Abordar la tarea de reconstruir una vida es siempre una labor compleja y difícil. El autor tiene continuamente la impresión de que en el cuadro que va componiendo existen demasiadas ausencias, y siente el temor de que los pocos rasgos que puede trazar no reflejen la riqueza, la inagotable abundancia de pensamientos, sentimientos y obras que componen una vida. A menudo se imagina a sí mismo como un pintor que, al intentar realizar un retrato, deja excesivas lagunas entre unos pocos fieles rasgos, lo que le hace alejarse de la fidelidad a lo representado, pudiendo ofrecer al final del proceso tan sólo una caricatura de la realidad.

Para evitarlo, el biógrafo tan sólo cuenta con su capacidad de interpretación que, uniendo los rasgos obtenidos, pueda tejer una malla hecha de sugerencias, hipótesis, reflexiones y sueños para llenar ese vacío que media entre fechas, obras, escritos y acontecimientos, para que el lector pueda crear en su mente la persona y la vida descritas, como creamos en nuestro interior todos los seres que nos rodean.

Esta labor es especialmente difícil cuando nos encontramos ante una persona polifacética y profunda, reacia a exteriorizar su rico mundo interior, pero simultáneamente fecunda en diversos campos. La profusión de sugerencias que una vida así comporta se superpone a la escasez de pistas que tras de sí deja, con las que poder reconstruir su personalidad y su cotidiano enfrentamiento con la realidad.

Se impone entonces una búsqueda de las huellas que no se llevó consigo de este mundo y que no han sido borradas, en una práctica que tiene mucho de incierto peregrinaje por los archivos de la memoria. Encontrar

en los ojos de los que con él trataron ese brillo que los relaciona, como en un borgiano acercamiento a Almotásim, escuchar con atención las contradictorias versiones para detectar la verdad que todas ellas encierran, descubrir en sus anotaciones al margen de libros, en cartas nunca enviadas, en apresurados dibujos de cuadernos de viaje, los acontecimientos y pensamientos que en todos ellos subyacen. Y componer con todo ello un mosaico extenso pero limitado, revelador pero generador de nuevas preguntas.

Porque esta persona que siempre huyó de honores y homenajes parece que aún hoy se resiste a que conozcamos su vida y admiremos su obra. Partió como había vivido sus últimos años, modestamente y en silencio, sin dejar huellas ostensibles. Aquél que en sus años jóvenes se lamentaba de que en España se vendieran en almoneda las bibliotecas de los grandes intelectuales tras su muerte, vio su biblioteca, su documentación y sus archivos, dispersados y perdidos en tres ocasiones.

Estas circunstancias nos dificultaron la reconstrucción de su trayectoria vital. Tuvimos sin embargo una guía precisa para poder construir el andamiaje de nuestra obra. En Torres Balbás tanto su vida, como su obra, sus escritos e investigaciones, su actividad académica y docente, todo respondía a una forma única de concebir el mundo y en todas las facetas de su vida las ideas que nunca ocultó se tradujeron en hechos de una existencia sincera y honrada, fecunda en su solidez.

Sea este trabajo un homenaje y una contribución al conocimiento de su labor, no para romper el silencio y la soledad de los que su persona era tan amante, sino para que podamos seguir aprendiendo de quien, aún hoy, tiene tanto que enseñarnos.

Preámbulo

El día 22 de noviembre de 1960, a las cinco de la tarde, un cortejo fúnebre parte del número 63 de la calle Viriato hacia el cementerio de la Almudena. Al entierro asisten numerosos académicos, catedráticos de universidad, arquitectos e intelectuales.

Telegramas y cartas de pésame llegan de instituciones y particulares de varios continentes. Pero todo se desarrolla de forma sencilla, en el silencio de la tarde de un martes del otoño madrileño.

El silencio, mezclado con el olvido, había marcado los últimos años de la vida de un hombre y ha continuado envolviendo lo que años atrás fue una obra brillante y decisiva para el patrimonio arquitectónico, una enardecida defensa de nuevas concepciones en arquitectura, una labor investigadora que abrió nuevos campos de conocimiento.

Esa tarde cubrió la tierra un espíritu lúcido e incansable que ya había dejado de residir en un cuerpo enfermizo para permanecer siempre en los monumentos que reparó, en los edificios que construyó, en los libros que escribió y en las personas que lo conocieron. En todos esos seres continúa su vida y a ellos hemos acudido para reconstruir lo que fue esa persona y poder escribir estas páginas.

Pero todo empezó mucho tiempo atrás. Comienza nuestra crónica un siglo antes de ese momento, en la España de mediados del siglo XIX, durante el reinado de Isabel II, cuando las dictaduras militares iban preparando el fermento de la revolución de 1868 y el país se debatía entre guerras civiles y decadencia económica, en medio de un pesimista ambiente de falta de modernización e injusticia social.